

— ¡Ay! padre mío, ¡quiera Dios que haya usted tenido la idea de pedir cuenta de mi dote á tiempo de salvarme de la ruina! ¿Podemos hablar?

— Sí; no hay nadie en casa, dijo Goriot con voz alterada.

— ¿Pero qué le ocurre á usted, papá? preguntó Delfina.

— Acabas de darme un hachazo en la cabeza, respondió el anciano. Dios te lo perdone, hija mía. Tú no sabes lo que yo te quiero, porque, si lo supieras, no me hubieras dicho tan de pronto tales cosas, sobre todo si puede remediarse la situación. ¿Pero tan apremiante es lo que te ocurre que te ha hecho venir aquí, cuando dentro de un instante debíamos vernos en nuestra casa de la calle de Artois?

— ¡Ah, papá mío! ¡Quién responde del primer ímpetu cuando ocurre una catástrofe! ¡Estoy loca! El procurador de usted nos ha puesto al tanto, con antelación, de una desgracia que sin duda ocurrirá más tarde. Mucha falta nos va á hacer la antigua experiencia comercial de usted, y por eso he venido á buscarle con el ansia del que, ahogándose, se agarra á una rama. Cuando el señor Derville vió que Nucingen andaba con mil enredos para esquivarse, le amenazó con un pleito, diciéndole además que la autorización del presidente del tribunal para procesarle se obtendría fácilmente. Esta mañana ha venido Nucingen á mi casa á preguntarme si me proponía arruinarle y arruinarme. Le respondí diciéndole que yo nada tenía que ver en esos asuntos, que tenía una fortuna, que debía poseerla, y todo lo referente á este

negocio competía á mi procurador, que yo nada sabía acerca del particular, y que, por tanto, nada podía decir acerca de tal asunto. ¿No era esto lo que usted me había recomendado que dijera?

— Eso, contestó Goriot.

— Pues bien; me ha puesto al tanto del estado de su situación. Ha comprometido su capital y el mío en grandes empresas apenas comenzadas y para las que ha tenido que desembolsar sumas cuantiosas. Si le obligara á restituirme mi dote, tendría que declararse en quiebra, mientras que, si quiero esperar un año más, se compromete, por su honor, á devolverme una fortuna doble ó triple que la mía, colocando el capital en operaciones territoriales, terminadas las cuales me devolverá lo que me pertenece. Querido papá, me ha asustado, porque decía la verdad. Me ha pedido perdón de su conducta; me ha declarado que soy libre y que puedo hacer lo que me dé la gana, á condición de dejarle á él en libertad de manejar el capital á nombre mío. Me ha prometido, para probarme su buena fe, llamar al señor Derville, siempre que yo quiera, para examinar la redacción de las actas de propiedad extendidas á mi nombre y juzgar de su validez. En una palabra, se me ha entregado atado de pies y manos. También pide que se le deje administrar, por espacio de dos años más, todos los bienes matrimoniales, y me ha suplicado que sólo gaste para mi persona la cantidad que me señale. Me ha probado que todo lo que podía hacer era salvar las apariencias, que había roto con su bailarina, y que iba á verse reducido á observar la más estricta economía, cuidando de que

nadie se enterara, para poder alcanzar el plazo de sus especulaciones sin alterar su crédito. En mi vida he visto un hombre en tal estado. Tenía la cabeza perdida; hablaba de matarse; deliraba. Me ha enseñado sus libros de cuentas, y por último se ha echado á llorar. Me daba lástima verle.

— ¿Y tú crees esas patrañas? exclamó Goriot. ¡Todo eso es comedia! He tenido negocios con muchos alemanes; casi todos son gente de buena fe, sencillotes; pero cuando bajo la capa de bondad y de buena fe se le ocurre á uno ser artero y charlatán, lo es más que nadie. Tu marido te engaña. Se siente cogido y se hace el muerto queriendo ser aún más amo del dinero con tu nombre que con el suyo propio. Va á aprovechar esta circunstancia para ponerse al abrigo de los riesgos de su comercio. Es tan listo como pérfido; es un mal sujeto. No, no iré al Père-Lachaise dejando á mis hijas sin nada. Todavía entiendo de negocios. ¿Dice que ha invertido todos los fondos en varias empresas? Pues bien, esos fondos están representados por valores, registros y escrituras. Que los presente y que liquide contigo. Elegiremos los mejores negocios de los que tiene emprendidos, correremos las contingencias á que están sujetos y tendremos los títulos expedidos á favor de *Delfina Goriot, esposa del barón de Nucingen, con separación de bienes*. ¿Nos ha tomado ése por imbéciles? ¿Se le figura que pueda yo soportar, ni por espacio de dos días, el pensar que te quedas sin fortuna, sin pan? No sufriré tal idea ni un día, ni una noche, ni dos horas. Si esta suposición se confirmase, me costaría

la vida. Pues ¡qué! ¿he de haber trabajado cuarenta años, cargado sacos, sudado la gota gorda, privándome de todo en favor vuestro, ángeles míos, por cuyo amor todo trabajo me costaba poco, y toda carga se me hacía ligera, y hoy se desvanecerían como humo mi vida y mi fortuna?... Pues moriría rabioso. Por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, iremos á ponerlo todo en claro examinando los libros, la caja y la contabilidad. No dormiré, ni me acostaré, ni comeré, mientras no me cerciore de que tu fortuna se halla intacta. Á Dios gracias, la separación de bienes está hecha, y tienes por consejero al señor Derville, que, por fortuna, es un hombre honrado. ¡Dios de Dios! Conservarás tu milloncito, tus cincuenta mil francos de renta mientras vivas, ó daré un escándalo que se oirá en todo París. ¡Ah! ¡ah! Y si los tribunales no nos hacen justicia, recurriré á las Cámaras. El saberte tranquila y feliz en cuanto á intereses aliviaba mis males y calmaba mis penas. El dinero es la vida. Con dinero todo se consigue. ¿Qué cuentos nos trae ese estúpido alsaciano? Delfina, no transijas en un céntimo siquiera con ese bruto que te ha convertido en esclava suya, haciéndote desgraciada. Si te necesita, ya le meteremos en cintura y le haremos andar derecho. Dios mío, me arde la cabeza; tengo en el cráneo una cosa que me quema. ¡Mi Delfina en la miseria! ¡mi Finita! ¡tú! ¡Caramba! ¿dónde están mis guantes? ¡Ya estamos andando; quiero verlo todo inmediatamente: los libros, los negocios, la caja, la correspondencia. No estaré tranquilo mientras no tenga la seguridad de que tu fortuna no corre

el menor peligro, habiéndolo visto por mis propios ojos.

— Tenga mucha prudencia, mi querido padre... Si manifiesta usted en este asunto el menor propósito de venganza, si muestra usted intenciones demasiado hostiles, estoy perdida. Le conoce á usted, y no le ha extrañado que me indujera á cuidar de mi fortuna; pero él ha querido tenerla en las manos, y la tiene, téngalo usted por cierto. Es muy capaz de escaparse con el dinero y dejarnos, el muy bribón. De sobra sabe que no había yo de deshonorar el nombre que llevo, denunciándole á él á la justicia. Es á un mismo tiempo fuerte y débil. Todo lo he examinado. Si le apuramos mucho, me arruina.

— ¡Pero tu marido es un tunante!

— Pues bien, sí, papá, dijo Delfina dejándose caer en una silla y llorando. No quería confesarlo para evitarle á usted el disgusto de haberme entregado á semejante hombre. Costumbres secretas y conciencia, el alma y el cuerpo, todo en él está en armonía; es cosa que me espanta: le odio y le desprecio. Sí; no puedo sentir la menor estimación hacia ese vil Nucingen después de todo lo que me ha dicho. Un hombre capaz de lanzarse en las combinaciones comerciales de que me ha hablado carece de toda delicadeza, y mis temores nacen de que he leído perfectamente en su alma. Me ha propuesto, con toda crudeza, él, mi marido, la libertad — ya sabe usted lo que esto significa — si consentía yo, en caso de mala suerte en sus negocios, ser un instrumento entre sus manos, en una palabra, si quería yo servirle de pantalla.

— ¡Pero aún tenemos leyes! ¡Aun existe una plaza de Grève¹ para los yernos de esta especie! exclamó el anciano Goriot; yo mismo lo guillotinaría, á falta de verdugo.

— No, papá; contra él no hay leyes. Escuche usted lo que dice, sin los circunloquios que emplea él: « O todo se pierde y se queda usted sin un céntimo, completamente arruinada, porque no puedo tener otro cómplice sino usted, ó me deja usted llevar á cabo mis negocios. » ¿Es esto claro? Aun me necesita. M probidad de mujer le tranquiliza; sabe que le dejaré su fortuna, contentándome con la mía. Y no tengo más remedio que consentir en esta asociación desleal y ratera ó darme por arruinada. Compra mi conciencia, y me la paga autorizándome á ser la mujer de Eugenio. « Te doy permiso para cometer faltas si me dejas cometer crímenes arruinando á los infelices. » ¿Puede darse lenguaje más claro? ¿Sabe usted á lo que llama mi marido hacer operaciones comerciales? Compra á su nombre terrenos, en los que hace construir casas por testafellos. Estos contratan las construcciones con maestros de obras, á quienes entregan, como pago, efectos comerciales pagaderos en fechas bastante lejanas; los maestros de obras consienten, mediante una pequeña cantidad, en firmarle á mi marido un saldo definitivo de cuentas, y Nucingen conviértese entonces en dueño de las casas, mientras sus testafe-

1. Plaza de Paris en la que en otro tiempo se verificaba la aplicación de la pena de muerte, la de la tortura pública y la de otras penas infamantes.

rros pagan con una quiebra á los estafados maestros de obras. El nombre de la casa de Nucingen ha servido para deslumbrar á los pobres constructores, según he podido comprender. También he averiguado que para probar, en caso de necesidad, el desembolso de grandes sumas, Nucingen ha colocado gran masa de valores en Amsterdam, Londres, Nápoles y Viena. ¿Cómo podríamos rescatarlos?

Eugenio oyó el ruido sordo, producido sin duda por papá Goriot al caer de rodillas en el suelo.

— ¡Dios mío! ¡cuán grande es mi culpa! ¡Mi hija entregada á ese miserable, que hará de ella lo que quiera! ¡Perdón, hija mía! gritó el anciano.

— Sí, quizá tenga usted algo de culpa si me veo hoy en el fondo de un abismo, dijo Delfina. ¡Somos aún tan niñas cuando nos casamos! ¡No conocemos el mundo, los negocios, los hombres ni las costumbres! Los padres debieran pensar por nosotras. ¡Querido papá, no le acuso á usted de nada; perdóneme usted lo que he dicho! De todo estó, yo soy la responsable. No, no llore usted, papá, dijo besando la frente de su padre.

— Pues tampoco llores tú, Delfina mía. ¡Ea! voy á serenarme para ir á desenredar la enredada madeja de los negocios de tu marido.

— No; déjeme usted, yo sabré manejarle. Puesto que me ama, me serviré del imperio que sobre él tengo para hacer que me coloque á la mayor brevedad algún dinero en propiedades. Es posible que le haga comprar á mi nombre la finca de Nucingen en Alsacia, porque le tiene cariño. De todos modos, vaya

usted mañana á examinar los libros y sus negocios. El señor Derville no entiende una palabra en los asuntos comerciales. Pero no, no vaya usted mañana. No quiero quemarme la sangre, pues pasado mañana es el baile en casa de la vizcondesa de Beauseant, y quiero cuidarme para estar descansada y guapa, y hacer honor á mi querido Eugenio... Vamos á ver su habitación.

En aquel momento detúvose un coche en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, y oyóse en la escalera la voz de la condesa de Restaud, que preguntaba á Silvia:

— ¿Está mi padre?

Esta feliz circunstancia salvó á Eugenio, quien pensaba ya echarse en la cama y hacerse el dormido.

— ¡Ah, papá! ¿le han hablado á usted de Anastasia? dijo Delfina al reconocer la voz de su hermana. Parece que también le pasan cosas muy raras con su marido.

— Pero, ¿qué es esto? dijo papá Goriot. Por lo visto, hoy será el último día de mi vida. No es posible que mi pobre cabeza resista á esta doble desgracia.

— ¡Buenos días, papá! dijo la condesa al entrar. ¡Ah! ¿estás aquí, Delfina?

La señora de Restaud quedóse algo desconcertada al encontrar allí á su hermana.

— Buenos días, Nasia, dijo la baronesa. ¿Te parece raro que esté aquí? Yo vengo á ver á papá todos los días.

— ¿Desde cuándo?

— Si vinieras tú también, lo sabrías.

— No me inquietes, Delfina, dijo la condesa con

voz dolorida. Soy muy desgraciada. ¡Estoy perdida, padre mío; completamente perdida esta vez!

— ¿Qué tienes, Nasia? gritó papá Goriot. Cuéntanos todo, hija mía... ¡Se pone pálida! Delfina, vamos, socórrela; sé buena con ella, y te querré más todavía si es posible.

— Pobre Nasia mía, dijo Delfina, ayudando á su hermana á sentarse; habla. Nosotros somos las dos únicas personas del mundo que te quieren lo bastante para perdonártelo todo. Mira, el cariño de la familia es el más seguro.

Le hizo respirar unas sales, y la condesa volvió en sí.

— ¡Esto me matará! dijo papá Goriot. Vamos, exclamó, revolviendo el cisco, acercaos las dos. Tengo frío. ¿Qué te pasa, Nasia? Dilo pronto... ¡Me estás matando!...

— Pues bien, dijo la pobre mujer, mi marido lo sabe todo. ¿Se acuerda usted, papá, de aquella letra de cambio, de Máximo, hace tiempo?... No era la primera, y ya había pagado yo otras muchas. A principios de enero, parecióme que Trailles estaba muy triste. No me decía nada, pero ¡es tan fácil leer en el corazón de las personas amadas!... basta un indicio insignificante; á más de que tiene una presentimiento. En una palabra, era más afectuoso, más tierno que nunca; y era yo felicísima. ¡Pobre Máximo! según me ha confesado, aquélla era su despedida para la eternidad, porque tenía pensado levantarse la tapa de los sesos. Por último, tanto le he atormentado, le he suplicado tanto, permaneciendo dos horas enteras

á sus pies, que... me ha declarado que debía cien mil francos. ¡Papá, cien mil francos! Creí volverme loca. Usted no los tenía; todo lo había yo devorado...

— No; no hubiera podido dároslos, á menos de robarlos. ¡Pero hubiera ido á robarlos, Nasia! Iré.

Ante aquella palabra pronunciada con tono lúgubre, cual sonido del estertor de un moribundo, y que acusaba la agonía del amor paternal reducido á la impotencia, callaron un momento las dos hermanas. ¿Qué egoísmo hubiera podido permanecer impasible, ante aquel grito de desesperación, que revelaba la profundidad de la pasión como una piedra revela la del abismo en que cae?

— ¡Los he encontrado yo disponiendo de lo que no me pertenecía, papá mío! dijo la condesa rompiendo á llorar.

Delfina, conmovida, lloró también, con la cabeza reclinada en el pecho de su hermana.

— ¡Luego todo era verdad! exclamó.

Bajó la cabeza Anastasia, su hermana la abrazó por la cintura, la besó tiernamente, y apretándola contra su pecho, le dijo:

— Aquí serás siempre amada sin ser juzgada.

— Ángeles míos, dijo con apagada voz papá Goriot, ¡qué pena siento al ver que ha sido menester una desgracia para que se manifestara vuestro mutuo cariño!

— Para salvar la vida de Máximo, en fin, para salvar toda mi ventura, siguió diciendo la condesa, animada por aquellas muestras de ardiente y tiernísimo afecto, llevé á casa del usurero que sabéis, ese hom-

bre que parece hecho de hierro y á quien no hay medio de ablandar, ese Gobseck, los diamantes de familia que Restaud tiene en tan grande estima, los suyos, los míos, todo, y los he vendido. ¡Vendido! ¿comprendéis? Él se ha salvado, pero yo me he perdido. Restaud se enteró de todo.

— ¿Por quién? ¿cómo? ¡Que le voy á matar! gritó papá Goriot.

— Ayer me llamó á su cuarto... «Anastasia, me dijo cuando entré, con una voz... (oh, su voz me bastó; en seguida lo adiviné todo), ¿dónde están sus diamantes?...— En mi cuarto...— No, contestó, están ahí, sobre mi cómoda.» Y me enseñó el estuche, que tenía oculto bajo su pañuelo. «¿Sabe usted de dónde vienen?» me dijo. Caí de rodillas, lloré... y le pregunté que de qué género de muerte quería verme morir.

— ¡Has dicho eso! exclamó papá Goriot. Por el sagrado nombre de Dios, que el que haga daño á una de vosotras, mientras yo viva, puede estar seguro de que lo quemaré á fuego lento. Sí, lo despedazaré como...

Calló papá Goriot, espiraban las palabras en su garganta.

— Por último, hija mía, me ha pedido una cosa más difícil de hacer que morir. Preserve el cielo á toda mujer de oír lo que he oído.

— ¡Yo asesinaré á ese hombre! dijo Goriot tranquilamente. Pero no tiene más que una vida, y me debe dos... Por último, ¿qué? añadió mirando á Anastasia.

— Pues bien, prosiguió la condesa, después de una pausa se me quedó mirando: «Anastasia, me dijo, todo quedará en silencio y seguiremos viviendo juntos, porque tenemos hijos. No mataré al señor de Trailles, porque podría no acertarle, y porque si empleo otro procedimiento tropezaré con la justicia humana. Matarlo en brazos de usted sería deshonar á los niños. Mas para que los hijos de usted, ni su padre, ni yo perezcamos, impongo á usted dos condiciones. Responda usted: ¿es hijo mío alguno de los niños?» Respondí que sí. «¿Cuál? — Ernesto, el mayor. — Está bien, contestó. Ahora jure usted obedecerme en lo sucesivo en una sola cosa.» Lo juré. «Firmará usted la venta de sus bienes cuando yo se lo pida.»

— ¡No firmes, gritó el tío Goriot; no firmes eso jamás. ¡Ah, ah! señor de Restaud, como usted no sabe lo que es hacer feliz á una mujer, tiene ella que ir á buscar la felicidad donde está segura de encontrarla, ¿y usted la castiga por su propia y necia impotencia?... Pero alto ahí, que aquí estoy yo para cerrarle el paso... Sosiégate, Nasia. ¡Ah! ¡quiere á su heredero! ¡Bueno! ¡Bueno! Yo sabré quitarle á su hijo, el cual, ¡trueno de Dios! es mi nieto. Le cogeré, me lo llevaré á mi pueblo, no temas; sabré cuidarle, y haré capitular á ese monstruo, diciéndole: «¡Ahora, nosotros! ¡Si quieres recuperar tu hijo, devuelve lo suyo á mi hija y déjala en libertad de hacer lo que le dé la gana!»

— ¡Padre mio!

— ¡Sí, tu padre! ¡Ah! soy un verdadero padre. Que ese pícaro gran señor no maltrate á mis hijas. ¡True-

nos! No sé lo que tengo en las venas. Siento hervir en mí la sangre de un tigre, porque quisiera devorar á esos dos hombres. ¡Qué vida la vuestra, hijas mías! ¡Será mi muerte!... ¿Y qué será de vosotras cuando yo no exista ya? Los padres deberían vivir tanto como los hijos. ¡Dios mío, qué mal arreglado está tu mundo! Y sin embargo tienes un hijo, según nos dicen. Deberías impedir que sufriésemos en la persona de nuestros hijos. ¡De modo, ángeles míos, que sólo á vuestros dolores debo vuestra presencia en mi habitación!... No me dais á conocer sino vuestras lágrimas. Pero si; me queréis, ya lo veo. Venid, venid aquí á lamentaros, que mi corazón es grande y tiene capacidad para todo... Quisiera compartir vuestros pesares, sufrir por vosotras... ¡Ah! cuando niñas, ¡qué felices erais!...

— Sólo aquella época fué dichosa para nosotras, dijo Delfina. ¿Dónde están aquellos tiempos en que rodábamos de lo alto de los sacos del granero grande?

— Aun no es eso todo, querido papá, dijo Anastasia al oído de Goriot, quien dió un salto. Los diamantes no fueron vendidos en cien mil francos, y Máximo está encausado. Sólo nos quedan doce mil francos que pagar. Me ha prometido ser bueno y no volver á jugar. Nada me queda en el mundo fuera de su amor, y lo he pagado demasiado caro para no morirle si le perdiera. Le he sacrificado fortuna, honor, tranquilidad, hijos. ¡Ah! haga usted que siquiera Máximo quede libre y que pueda continuar presentándose en sociedad, donde sabrá conquistarse una posición. Porque ahora no me debe solamente la felicidad: tenemos hijos que quedarían expuestos á la

miseria. Si le llevan á Santa Pelagia¹, todo está perdido.

— No los tengo, Nasia. ¡No tengo ya nada, absolutamente nada! Esto es el fin del mundo. El mundo se hunde, no me cabe la menor duda. ¡Escapaos antes de que ocurra el hundimiento! ¡Ah! sí; tengo todavía mis hebillas de plata y seis cubiertos, los primeros que tuve en mi vida. En resumidas cuentas, no tengo más que mil doscientos francos de renta vitalicia...

— ¿Qué ha hecho usted de su renta perpetua?

— La ha vendido, reservándome esa pequeña suma para mis gastos. Los doce mil francos me han hecho falta para amueblar un cuarto á Finita.

— ¿En tu casa, Delfina? preguntó Anastasia á su hermana.

— ¿Y qué importa dónde? dijo Goriot. El caso es que los doce mil francos se han gastado.

— Adivino, dijo la condesa, en el señor Rastignac. Deténte, pobre Delfina mía; mira á lo que he llegado.

— Hija mía, el señor Rastignac es incapaz de arruinar á su amante.

— ¡Gracias, Delfina!... Esperaba algo más de ti en la crisis en que me encuentro; ¡nunca me has tenido cariño!

— ¡Sí que te quiere, Nasia! gritó el tío Goriot; me lo estaba diciendo hace un instante. Me hablaba de ti, y decía que eres muy hermosa, mientras que ella es bonita nada más.

1. Antigua cárcel para deudores; hoy ya no existe en Francia semejante prisión, y ha poco fué derribado el edificio. (N. del T.)

— ¡Ella! repitió la condesa. Es un hermoso pedazo de hielo.

— Y aunque así fuera, dijo Delfina, poniéndose colorada, ¿cómo te has portado tú conmigo? Has renegado de mí; has hecho que me cierren las puertas de todas las casas á que deseaba ir, y no has desperdiciado una sola ocasión de disgustarme. En cambio, ¿he venido yo como tú has venido á sacar á este pobre padre mil á mil francos todo cuanto poseía, hasta dejarle reducido al estado en que se encuentra? Esta es tu obra, hermana mía. Yo he visto á papá siempre que he podido, no le he puesto en la calle y no he venido á lamerle las manos cuando le necesitaba. Ni siquiera sabía que hubiera gastado en mí esos doce mil francos. Ya sabes que soy ordenada. Además, cuando papá me ha hecho regalos, nunca los he mendigado.

— Tú eres más afortunada que yo. De Marsay es rico; de sobra lo sabes. Has sido siempre vil como el oro. Adiós, no tengo hermana, ni...

— ¡Callate, Nasia! gritó el desdichado Goriot.

— Sólo una hermana como tú puede decir lo que ya nadie cree... ¡Eres un monstruo!

— ¡Hijas mías, hijas mías! Si no os calláis, me mato delante de vosotras.

— De todas maneras, te perdono, Nasia, dijo Delfina; te perdono porque te veo desgraciada. Pero yo soy mejor que tú. Decirme lo que me has dicho en el momento en que me sentía dispuesta á todo para socorrerte, incluso á entrar en la alcoba de mi marido, cosa que no hubiera hecho por mí ni por... Eso es digno de todo el daño que me has hecho en nueve años.

— ¡Hijas mías, hijas mías, abrazaos, dijo el padre. ¡Sois dos ángeles!

— No, déjeme usted, gritó la condesa, á quien Goriot había cogido por un brazo, pero que rechazó á su padre. Menos compasión siente ésa por mí que mi propio marido. ¡Cualquiera diría que es el modelo de todas las virtudes!

— Prefiero que crean que debo dinero á de Marsay á confesar que el señor de Trailles me ha costado más de doscientos mil francos, respondió la de Nucingen.

— ¡Delfina! gritó la condesa, dando un paso hacia ella.

— Tú me calumnias, y yo te digo la verdad, replicó friamente la baronesa.

— ¡Delfina! Eres una...

El tío Goriot corrió á la condesa, la sujetó; y tapándole la boca con la mano, impidió que completara la frase.

— ¡Pero, papá! ¿á qué ha tocado usted esta mañana?

— Es verdad, ha sido un descuido, dijo el pobre padre, limpiándose las manos en el pantalón. Pero no sabía que ibais á venir... Estoy de mudanza.

Dábase por muy contento con haber motivado aquella reprensión que atraía hacia él la cólera de su hija.

— ¡Ah! repitió, sentándose, me habéis partido el corazón. Me muero, hijas mías. Me quema el cráneo como si tuviera lumbre dentro de él. ¡Vamos, sed buenas, quereos mucho! De no ser así, me mataríais. Delfina, Nasia, vamos, las dos tenéis y no tenéis

razón. Mira, Finita, añadió, volviendo á la baronesa los ojos arrasados en lágrimas, busquemos los doce mil francos que necesita. No me mires de ese modo (y se puso de rodillas delante de Delfina). Pídele perdón para darme gusto, añadió á su oído, anda, que es la más desgraciada.

— Mi pobre Nasia, dijo Delfina asustada de la loca y atroz expresión de dolor que se reflejaba en el rostro de su padre. Confieso que he hecho mal; vamos, dame un abrazo...

— ¡Ah! me ponéis un bálsamo en el corazón, gritó el tío Goriot. ¿Pero dónde hallar los doce mil francos? ¿Y si yo me ofreciese como fiador?...

— ¡Oh, papá! dijeron las hijas rodeándole, no, no.

— Dios os premiará ese pensamiento; ¡no bastaría para ello nuestra vida! ¿Verdad, Nasia? dijo Delfina.

— Además, mi pobre papá, eso sería una gota de agua, observó la condesa.

— ¿Pero no podría uno sacar provecho alguno de su propia sangre?... gritó el desesperado anciano. Consagraria toda mi vida al que te salvara, Nasia; por él mataría á cualquiera. ¡Haré como Vautrin, iré á presidio! Haré...

Y se detuvo como si le hubiera caído un rayo.

— ¡Nada me queda! añadió mesándose los cabellos. Si supiera dónde ir á robar; pero preparar un golpe es cosa difícil. Además, haría falta gente y tiempo para tomar el Banco. Está visto, debo morir; no me queda otro recurso. Sí, ya no sirvo para nada; ¡ya no soy padre, no! Mi hija me pide, mi hija está necesitada, y yo, miserable de mí, nada le puedo dar! ¡Ah, viejo

tuno; tienes hijas y te aseguras una renta! ¿Conque es decir que no las quieres? Revienta, revienta como un perro, ¡como lo que eres! ¡Sí, valgo menos que un perro, porque un perro no se portaría de esta manera! ¡Oh! mi cabeza... está hirviendo.

— ¡Pero, papá! gritaron las dos jóvenes rodeándole para impedirle que se partiera la cabeza contra las paredes; vamos, sea usted razonable.

Goriot sollozaba.

Espantado, Eugenio tomó la letra de cambio firmada á Vautrin, corrigió la cifra, la llenó convirtiendo el documento en letra de doce mil francos á la orden de Goriot y entró.

— Aquí tiene usted la cantidad completa, señora, dijo presentando el papel. Estaba yo durmiendo en mi cuarto, pero me ha despertado el ruido de la conversación, y así he podido saber lo que debo al señor Goriot. Aquí tiene usted un valor que puede negociar, y que pagaré fielmente.

La condesa, inmóvil, tenía el papel en la mano.

— Delfina, exclamó pálida y trémula de cólera, de furor y de rabia, bien sabe Dios que te lo perdonaba todo... ¡Pero esto! ¿De modo que este señor estaba ahí, y tú lo sabías, y has tenido la mezquindad de vergarte dejando que le confiara mis secretos, mi vida, la de mis hijos, mi vergüenza y mi honor?... Desde hoy no eres nada mío, te detesto, te haré todo el mal que pueda, te...

— El furor le cortó la palabra; secóse su garganta.

— ¡Qué estás diciendo! ¡Pero si éste es mi hijo, nuestro niño, tu hermano, tu salvador! gritaba el tío